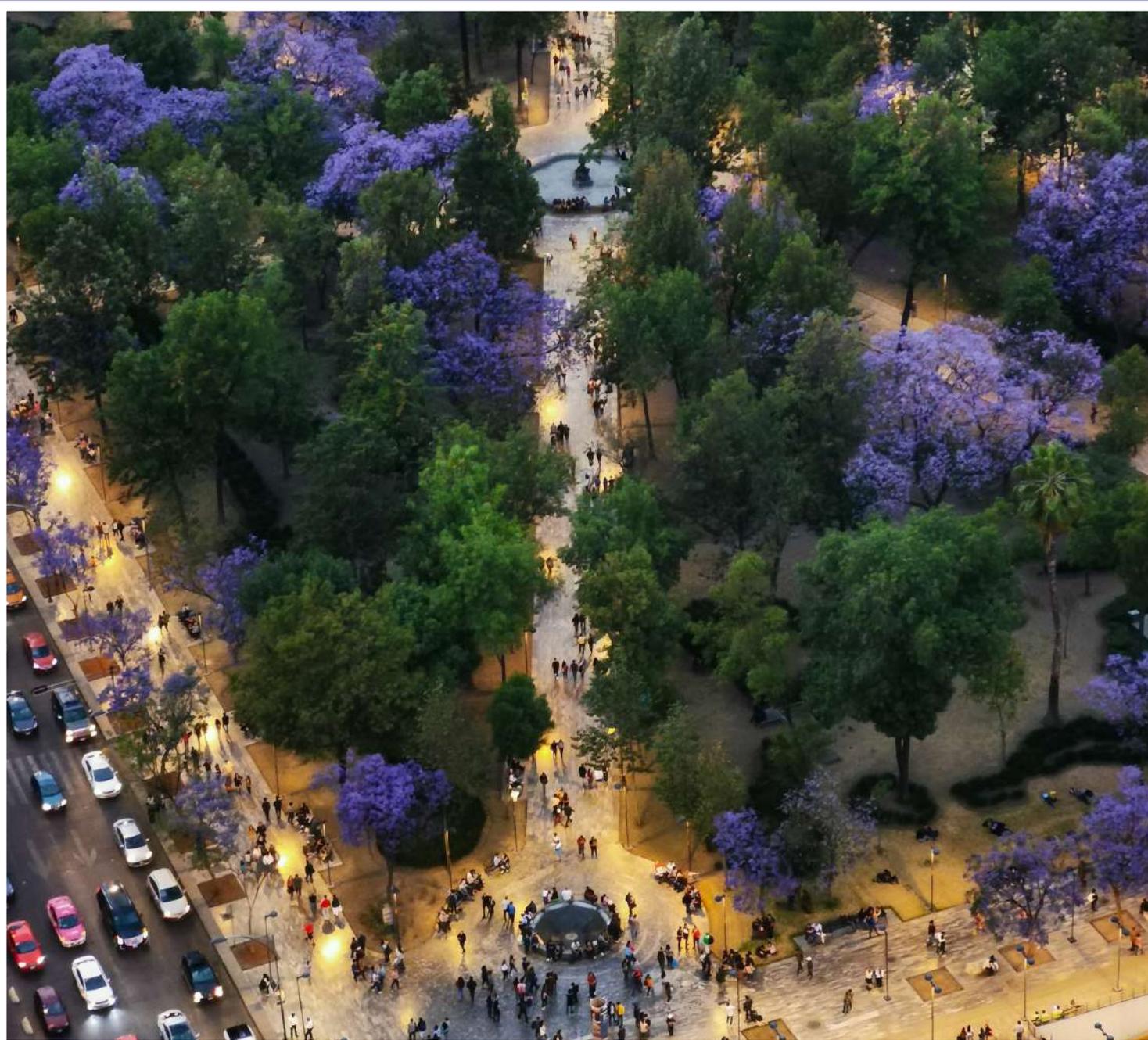


CDMX

n. 33

El Obelisco



Suplemento Cultural del periódico de alumnos del ITAM, El Supuesto

Director Editorial

Emmanuel de León

Directores Administrativos

David Limones Calvillo

Francisco Javier Vargas Fentanes

Diseño Editorial

Sergio Eduardo Audelo Egea

María Fernanda Suárez González

Alejandro García Cortez

Asesores Editoriales

Silvia Favela Olivares

Emilia Osorio Pérez

Abner Heredia Bustos

Mariana León Montelongo

Encargado de Medios Digitales

José Luis Becerril Lobera

Las calles perpetuamente transitadas, la inseguridad, las protestas y el ascendente poder del feminismo definen la nueva era de la CDMX.

Desde la desigualdad marcada en el paisaje de Santa Fe, a las protestas que inundan las calles de Reforma, hasta el cálido café en el centro de Coyoacán y los vívidos colores de las trajineras de Xochimilco, la CDMX vive un dualismo de armonía y lucha. Una ciudad gótica sacada de una tira cómica, pero sin vigilante ni detective.

Historias entre los vagones del metro y metrobús, poemas formados en una tarde de protesta, imágenes capturadas en medio de un caos que los ciudadanos ven como rutina. Esos son algunos de los elementos que nos definen como habitantes de esta ciudad

En esta edición, invitamos a los colaboradores a escribir sobre la nueva era de la CDMX. El paisaje romántico ahora incluye protestas, feminismo y una relación amor-odio con el caos.

Nuestra motivación es encontrarles un significado a sólo 4 letras: CDMX.

Emmanuel De León

Director Editorial

Agradecemos a nuestros colaboradorxs que nos proveyeron de material gráfico para esta edición:

Julia Barquin: página(s) 22-23 enfrente "Diferentes realidades"

Emilio Carranza Díaz: página(s) 21

Francisco Javier Fentanes: página(s) 4-5

José Mejías: página(s) 2, 14-15, 19, 32, 34, 35, 36, 37, 38, 39, contraportada

Joel Palafox Borja: página(s) 16-17

Diego Pérez Reyes: página(s): portada, 3, 8-9, 10-11, 12-13, 27, 28-29, 30

Rebeca Sánchez: página(s) 22-23 detrás



Contenido

p. 4 *La revolución morada* - Natalia Hernández Cornejo

p. 6 *CDMX, ciudad del movimiento* - Amauri Cordova O.

p. 8 *El hermosísimo día de muertos*

p. 12 *Tenochtitlán en el alma* - Joel Palafox Borja

p. 18 *Crónica de una muerte anunciada*

p. 24 *Anécdotas romanas* - Alejandro Castañeda

p. 30 *Lago* - Amellalli Reyes Báez

p. 32 *Aislado pero bien acompañado* - Francisco Ibáñez

p. 36 *Las feministas y la ciudad como reflejo de la sociedad* - Revista Estudios



La revolución morada

por Natalia Hernández Cornejo



El 8 de marzo, las mujeres llegamos al Monumento a la Revolución con la intención de hacernos escuchar; para lograrlo, cada una llevó su feminismo. Pisamos las calles ese día para exigir igualdad de género y, en el camino, construimos sororidad.

Esperábamos que esta fuera una manifestación con mucha asistencia y, aun así, la magnitud de la marcha superó nuestras expectativas. Sabíamos que estábamos haciendo historia y que, si hoy éramos muchas, mañana seríamos más. Porque la multitud no nos mareaba, nos daba energía, y los rayos de sol no nos cansaban, nos hacían ver más. Hacia el Zócalo marchábamos con paliacates morados, rosas y verdes cargando carteles con frases feministas.

Al ritmo de consignas alzamos nuestra voz, que cada vez se escuchaba más. Familiares de víctimas, madres, estudiantes, amas de casa, trabajadoras sexuales, grafiteras, músicas, maestras, abuelas, niñas, las que se visten de negro y se cubren la cara, todas ellas nos recordaban que cada voz venía de un lugar diferente. Diversos feminismos caminando por la Alameda Central, donde las jacarandas ya nos venían esperando. Intercambiábamos miradas de confianza con la certeza de sabernos escuchadas.

La seguridad que ese día sentimos es la que exigimos. Levantamos esta marcha con la rabia desencadenada por la violencia de género, el machismo y la desigualdad que hay en nuestro país; no vamos a parar hasta conseguir dicha seguridad. Como bien expresan las zapatistas, somos y seremos siempre mujeres con dignidad rebelde.

CDMX, ciudad del movimiento

por Amauri Cordova O.

Ciudad de México (CDMX) es el nombre del lugar donde el constante cambio genera la movilización de todo lo que encuentre en su trayecto. Su historia nos ha marcado y nos hace saber que estamos destinados a ser parte de ella. Mi desarrollo en esta ciudad me ha permitido identificar diversos elementos que caracterizan el constante movimiento de esta megalópolis y que favorecen el desarrollo de nuevas ideas.

El arte es el primero de estos elementos, que causa movimiento y se hace presente constantemente. Una forma en la que se manifiesta es en los conciertos de la urbe, los cuales guían a la audiencia a una catarsis difícil de ver en otros lugares. Esta experiencia se intensifica cuando su presentación se lleva a cabo en un recinto como el Foro Sol o el Estadio Azteca, lo que lleva a que todas las partes de tu cuerpo encuentren una vibración que terminará seguro en una lágrima, un grito eufórico o al menos un trago de cerveza. Otra manera de manifestación se encuentra en los museos. Esta ciudad tiene tantos museos como pensamientos; estos no mueven a la ciudad de una manera física, sino que la sacuden al alborotar las ideas de las personas que se enfrentan al arte en estos espacios de contemplación. El silencio del museo te lleva a un dualismo cartesiano que se completa con el caos del artista, del arte y del que contempla el arte.

El segundo elemento que obliga a la ciudad a moverse es el desastre. Un evento como el sismo del 19 de septiembre de 1985 o de 2017 lleva a la ciudad a un proceso cíclico. Este proceso inicia con la alteración brusca de la urbe, seguido por un silencio absoluto que petrifica las expresiones de los ciudadanos. Al regresar al movimiento, se hace con mayor fuerza, la cual es evidente en la unión de los capitalinos para ayudar en la búsqueda de personas, remoción de escombros y recuperación de las familias afectadas. Este movimiento es lamentable para la historia de la ciudad, pero podemos afirmar

que el exteriorizar lo mejor de nosotros la ha fortalecido.

El apresuramiento es un constante modo de vida en la CDMX y por lo tanto llega a ser un elemento primordial. En esta ciudad la premura hace vibrar cuando el metro se congestiona, la gente corre al trabajo, alguien busca conquistar la ciudad, el tráfico insoportable se hace presente y los vuelos llegan y despegan. El tiempo parece ser un enemigo para aquel que se decida a vivir aquí y se puede decir que la adrenalina puede llegar a rebasar los niveles de dióxido de carbono que respiramos diariamente. Este paisaje de urgencia captura aves con gran velocidad de vuelo para llegar al próximo destino pero que le falta detenerse a contemplar el camino recorrido.

Entrando en un mundo metafísico aristotélico, podemos afirmar que la CDMX no puede evolucionar si solamente se queda en potencia y no alcanza el acto. Las manifestaciones en la ciudad son un elemento que la mueve a un lugar donde el ciudadano sea cada vez más libre. Recientemente, la lucha del feminismo ha aprovechado las calles de la ciudad para expresar las exigencias del movimiento. Por ejemplo, con el paro de actividades de las mujeres el 9 de marzo, ha desequilibrado la mente de los que aún defienden formas denigrantes de convivencia. Así como este movimiento, podemos encontrar profusas manifestaciones que promueven los derechos e ideas de diversos grupos como los homosexuales, los trabajadores desempleados, las comunidades indígenas, los estudiantes, los familiares de personas desaparecidas, entre otros. Las súplicas y exigencias de las personas recorren las calles de la CDMX hasta llegar a la plancha del Zócalo, frente a Palacio Nacional, lugar que representa un Km 0.

Esta ciudad ha sido testigo de la grandeza de sus ciudadanos, los cuales luchan cada día para sobrevivir a ella, conquistarla y transformarla. La CDMX es una urbe que se trasforma y es transformada por los elementos expresados anteriormente. El movimiento es la naturaleza de esta ciudad y esperemos que nunca deje de serlo, pues no hay mayor satisfacción que admirar el cambio de ideas de los capitalinos, su pasión, su solidaridad y su coraje. Es cierto que hay caos en este hogar, pero no podemos negar que ya se ha vuelto parte de nuestra vida como habitantes de esta hermosa gran ciudad. Si algo nos sobra en CDMX es la alegría por la vida, y a veces algo de fierro viejo que vendamos.



El hermosísimo día de muertos

No era día de muertos todavía, pero en la Ciudad de México se respiraba ya un olor a cempasúchil más intenso que el que envuelve, en noche fría, a un panteón de Michoacán un primero de noviembre. La luz del sol que comenzó a adoptar las tonalidades de la flor de muerto desde hace un par de semanas, clásica luz de otoño que tan bien parece combinar con las flores de temporada, no hizo más que intensificar la euforia por las fiestas, el ansia por celebrar lo que, ante ojos extranjeros, aparenta ser lo menos digno de celebración: la muerte.

Mis ganas de presenciar el suntuoso desfile conmemorativo del Día de Muertos, aquél que nació hace unas pocas vueltas al sol y que, sin embargo, transmite el sentimiento de haber emergido junto con la tradición misma en épocas prehispánicas, me precipitaron a dejar cualquier obligación que pudiera impedirme de llegar a tiempo a tan esperada festividad.

¿Forma de transporte más rápida y segura? Taxi. Uber. Lo que sea mientras sea privado. ¿Cuál fue el error de dicho cálculo? Sábado festivo. Desfile en Paseo de la Reforma. Prisa por llegar. Unos cuantos minutos

a la espera de algo, parados en una fila, o atascados en una congestión automovilística, son suficientes para acabar con la paciencia de cualquiera.

Salí como ráfaga del coche que me transportaba. Busqué la estación de metro más cercana. ¿Traigo dinero en efectivo? Sí, cuarenta pesos. ¿Me alcanza para un viaje de ida? ¡Claro que me alcanza, qué estúpida! Qué vergüenza no saber eso. ¿A dónde iba? Línea Naranja. “¿Me da un boleto sencillo hacia El Rosario?” ¿Solamente tres pesos? Increíble... “Joven, para El Rosario, ¿es esta dirección?” “Perfecto, muchas gracias.” ¿Por qué está tan lleno todo? ¿Estará siempre así? ¿Por qué me ven esos hombres? Están muy cerca de mí. ¿Por qué estoy aquí sola? No me puedo alejar de la multitud, cuando llegue el tren quiero ser la primera en entrar. Pocas veces había estado más incómoda. Ya no quiero ir. Quiero regresar. ¿A qué se refiere con “solo mujeres y niños”? ¿Será cierto? ¡Vagones para mujeres! Qué increíble. Qué gran sensación. ¿Por qué me siento tan segura entre mujeres? No lo sé, pero qué satisfacción. Bien ahí, México. Tres paradas hasta Chapultepec. Ya son las cuatro veinte, esto empezaba a las cuatro... En fin.

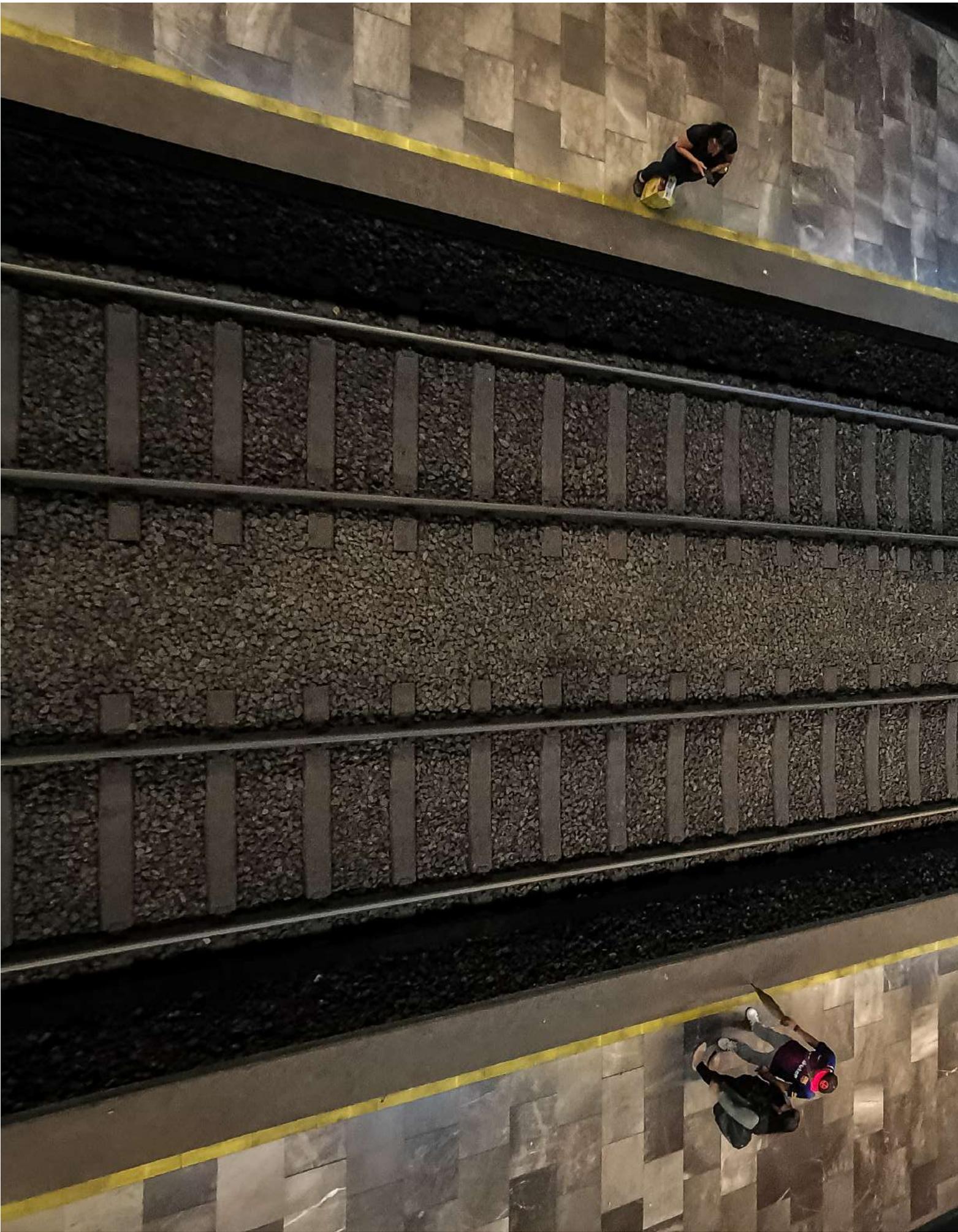
Finalmente,
Chapultepec. No, no
Chapultepec. Finalmente, aire
y sol.

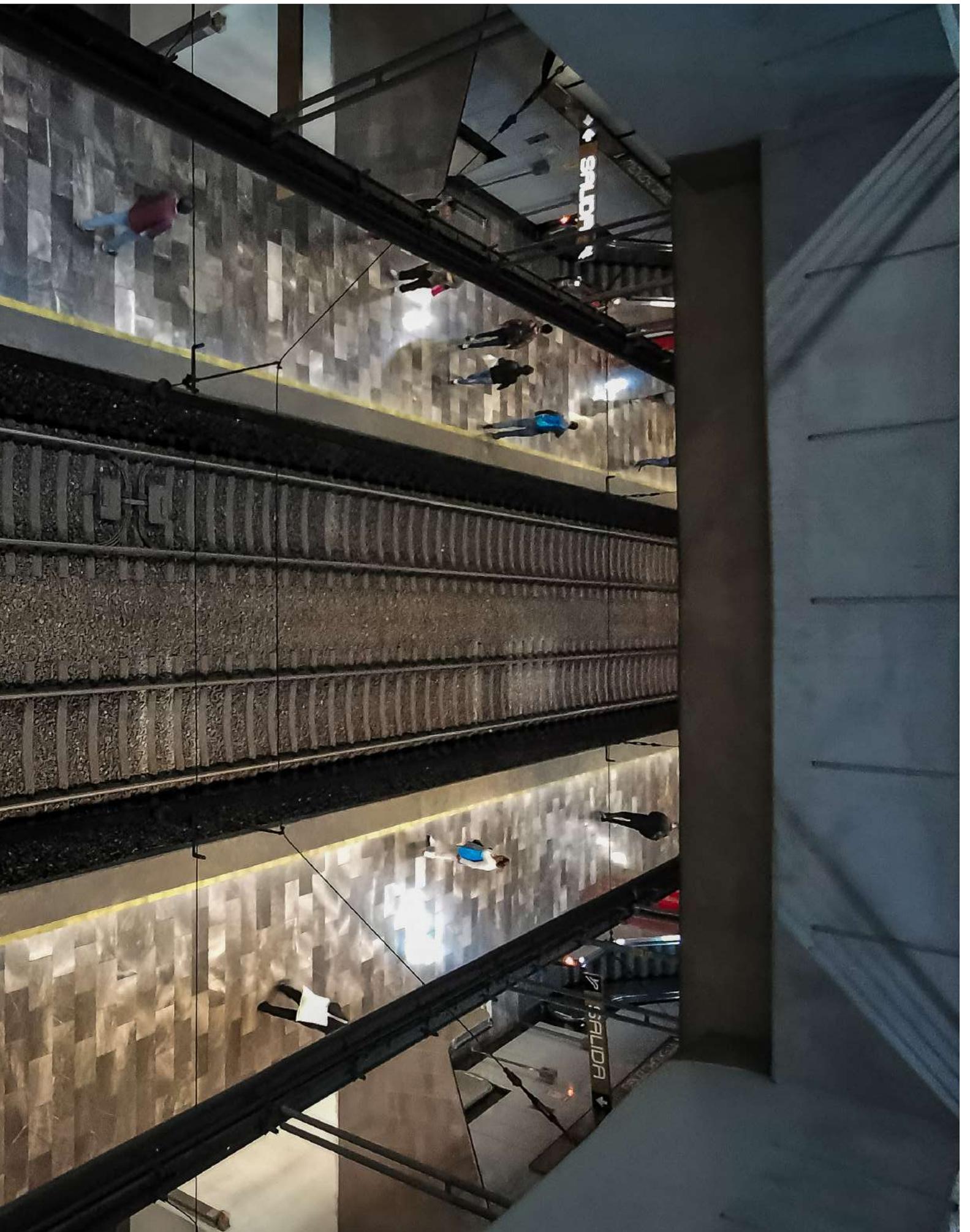
Después de tomar unos cuantos segundos para ubicarme, me pude encontrar con mi familia, la cual me estaba esperando pacientemente afuera de la estación. Qué suerte tener a mi familia, qué suerte tener una familia así.

Me dominaba una sensación de satisfacción y felicidad. La primera se debió al haber logrado "surfear" las vicisitudes de mi experiencia. La segunda, por otro lado, no tenía nada que ver con una victoria propia. Se debió más bien al orgullo que me trajo la experiencia del metro. Agradezco los cambios que percibo, agradezco a mi país el poder sentirme segura. Causa impresión el darnos cuenta de la inmensa diferencia que puede hacer una medida tan simple como lo es la implementación de un

vagón
solo para
mujeres.

Las personas marchaban, caminaban, ballaban, cantaban. Toda la calle se transformó en un espectáculo de la más alta calidad. En medio de la fiesta, sentía algo extraño ejerciendo presión contra mi glúteo derecho. Volteé inmediatamente y ví a un hombre con su miembro viril desnudo presionado contra mi cuerpo. Ví su mano izquierda sujetando mi cadera. Ví su mano derecha tocando mis genitales. Me quedé unos segundos analizando la situación, pensando en que aquello no puede estar pasando. ¡Hay una multitud de gente a mi alrededor! ¡Cómo podría estar haciéndolo! Pero lo hizo. Me quitó. Lo empujé. Lo insulté. Grité. Grité más fuerte. Él salió corriendo. Yo salí corriendo, pero no tras él. Salí corriendo y llorando. Maldigo a México y a su gente de mierda. Maldigo a México y a su maldita inseguridad. Maldigo a México y a su hermosísimo Día de Muertos.





Tenochtitlán en el alma

por Joel Palafox Borja

De norte a sur y de este a oeste, como la sangre que circula por las venas, el metro corre bajo nuestros pies, sin tregua, sin descanso, de noche y de día, repleto de gente o carente de ella. Que mejor comienzo para nuestra exposición que partir del transporte que a diario nos conecta con los otros, que lleva personas, pero también vidas, almas, sensaciones, historias, emociones. Todos los días algunos viajantes visitan la misma estación, viajan por la misma ruta y recorren los mismos paisajes; sin embargo, nunca ven los mismos rostros. Estos se pierden entre una multitud de singularidades que colapsan y se fusionan en una sola masa indefinible y carente de otro sentido de identidad, más allá que el de ser un cúmulo de individualidades particulares sin diferencia alguna. Vaya tautología. No obstante, no existe mejor definición para una realidad tan homogénea y tan diversa.

Somos uno mismo y a la vez somos varios. ¿Qué somos si no pertenecemos a un grupo? ¿Qué acaso ya no existe siquiera la posibilidad de identificarnos como unos sin perdernos

como
quiénes?

¿Nos extraviaremos en la pregunta? Quizás el perderse en el camino es una manifestación fenomenológica de nuestro ser observable desde nuestra partida de Aztlán. Es, pues, así que venimos a encontrarnos de diferentes lugares y con diferentes historias, siendo diversidad y diferencias; sin embargo, pese a todo ello, seguimos siendo unos, seguimos siendo únicos. No sabemos qué o quiénes somos, pero las migajas históricas que acompañan nuestros pasos dan sustento a cada acto, a cada revelación y a cada manifestación de nuestra esencia a través de nuestro viaje. Y en este viaje engendramos un arte regional que redefinió el mundo entero. Un arte que se convirtió en historia, y una historia que se inmortalizó en el arte. Sentados aquí, a las orillas del ombligo de la luna, creamos arte, creamos historia.

Todos los caminos no llevan a Roma, sino que conectan con las entrañas de la

gran Tenochtitlán. Todo se escribe aquí, todo se redefine aquí. Y es que no solo es la tierra, es también la gente. Vengas de donde vengas, fluyas de donde fluyas, sea cual sea la naturaleza de tu origen, Aztlán por siempre será tu alma, Tenochtitlán tus venas y formar parte de este espíritu místico que es nuestra patria, tu verdadera esencia. Y esta esencia va más allá de todo lo creíble, más allá de todo lo posible, más allá de todo lo decible y lo palpable. Sin materia, pero con substancia, lo que somos viaja con nosotros, de donde sea que vengas, a donde quiera que vayas, al Mictlán o a Pantitlán, somos todos de este mismo cuerpo y espíritu cósmico, pues México no es un lugar, es un sentimiento.

Es Tenochtitlán ombligo de la luna, nosotros tenotchcas ombligos del ombligo y nuestros ombligos, una cicatriz que se plasmó como el lazo de unión entre nosotros y esta nuestra tierra. De bosques y colinas, de valles y de lagos, es nuestra cuenca una cosmogonía completa, tiene infierno y tiene cielo, tiene presente y tiene pasado, tiene un porvenir que yace en nuestras manos. Que construyamos con ellas es lo que será de nuestra tierra, será con ellas con las cuales labremos nuestros nuevos templos, con lo que cultivemos

nuestros alimentos y también con lo que cambiemos nuestra historia. Que hablen por aquellos que ya no están, los que ahora aún existen, y ya existirán mañana por nosotros, aquellos que después por nosotros hablen. Hablamos con pictogramas cambiantes, con ellos dejamos legado del arte y de la historia que recorren nuestros dedos. En tus paredes hallamos desde expresionismo a barroco y de rococó a posmoderno, y son todo ello expresiones plurales de individualidades fluctuantes. Y a través de ello somos.

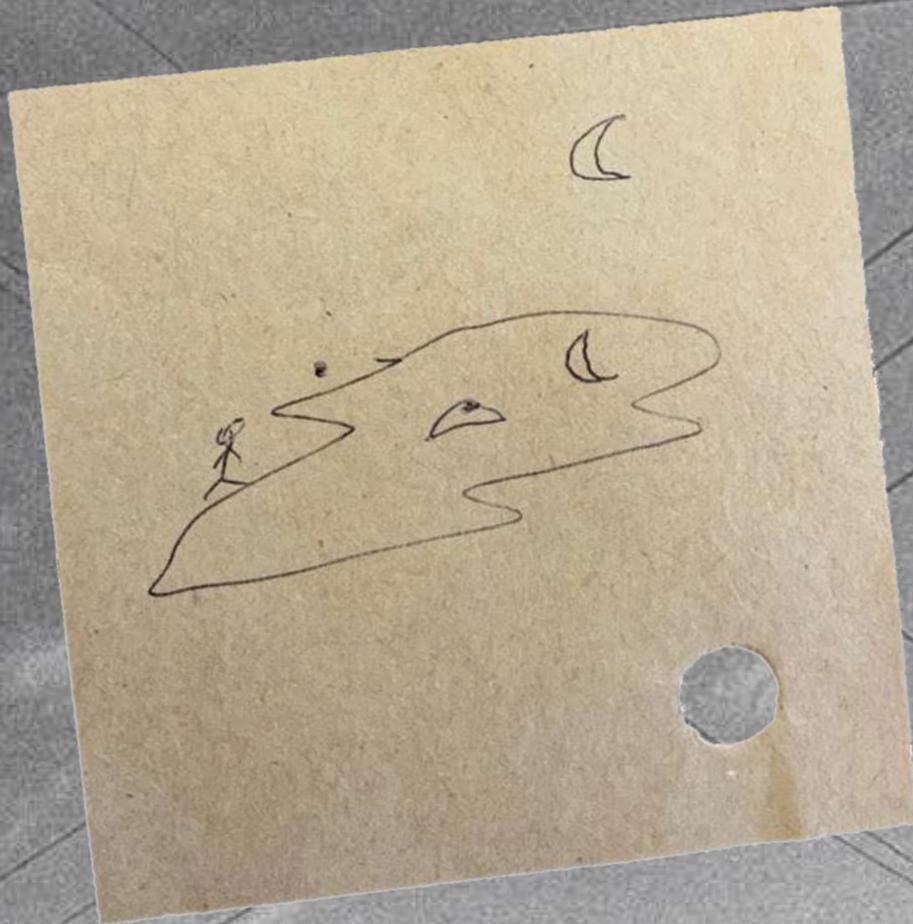
Basten pues estas sutiles líneas para impregnar en ti el amor a las esencias de la tierra y de la historia, pues de esas esencias te conformas, de ellas has nacido, de ellas has venido y con ellas construido. Es lo que somos, es lo que hacemos, es lo que fuimos, somos y seremos. No es



una delimitación geográfica, no es un lugar en el tiempo, no es un origen de gente; pero sí que es un lugar a través del tiempo, un crisol de personas y un espacio de convivencia donde convergen viajeros de distintos lugares y de distintos tiempos. Esta ciudad es tan noble que no le interesa tu origen, pues nosotros mismos y nuestros orígenes son de migrantes, migrantes que abandonamos nuestro ombligo original. Y desde ese momento en que partimos, nos sentimos tan predestinados a la gloria, que aún después de un largo viaje nos atrevimos a rechazar a la ciudad de los dioses por no sentir pertenencia, y venimos a descubrir y encontrarnos con un nuevo origen, un nuevo ombligo, digno de ser cuna del renacer de un nuevo mundo. Y venimos a enamorarnos y a contribuir con nuestra esencia individual al enriquecimiento y constante creación de un pequeño lugar donde lo individual no existe y se da paso a la colectividad que se cuida y se crea, que cuando la tierra estremece se apoya. En la que juntos, trabajamos por redefinir y volver a descubrir nuestro lugar en esta tierra. Toda nuestra historia

concurrió en venir aquí, estar aquí. Esta es nuestra historia, este es nuestro origen, este es nuestro tiempo, y esta es la conjunción de nuestro pasado y porvenir. Sin importar de donde vengas, sin importar a donde vayas, todos tenemos un lugar aquí. Tenochtitlán, lugar donde convergen lobos y hombres, donde convergen sueños y flores. Lugar donde las estrellas son coyotes en la senda al paraíso. ¿Qué vendrá? No lo sabemos, por ahora solo nos queda estar aquí, y por mi parte solo cabe anunciarle, querido lector, que ya llegamos a nuestra última estación, tururu, bienvenido al lugar donde nace la historia, bienvenido al origen del mundo, bienvenido a donde los dioses enterraron el ombligo de la luna.

20/30







CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA¹

Finalmente, después de años murió. Lo matamos. Lo matamos como ellos a nosotras.

Marcha confesionario: Sin dios que nos escuchase salimos a gritar. Gritaron mi dolor y yo grité el suyo. Un dolor añejo y aparentemente perpetuo. Gritamos por todas aquellas que han pasado la vida gritando, por las que se han cansado de callar, por las que murieron gritando. Gritamos fuerte y nos volvimos una. Nos volvimos inevitables. Nuestra voz se convertía en la de la otra y quemaba como fuego en nuestra garganta.

Y mi voz que madura
y mi voz quemadura
y mi voz quema dura²

Rompimos todo: cristales, muros, carteles, monumentos, cadenas, prejuicios, miedos. Rompimos en llanto, en furia y en hartazgo. Nos rompimos a nosotras mismas y reconstruimos nuestra esencia. Rompimos el eterno silencio.

Existimos en acto, en fuego, en su ausencia. ¡Existimos, existimos, existimos!

Carteles: nunca más tendrán la comodidad de nuestro silencio, ¡tocas a una, nos tocas a todas! Nos quitaron tanto que terminaron quitándonos el miedo, ¡vulva la revolución!

Burgués de mierda: burgués de mierda yo, que no grité por ti desde mucho antes, hermana. ¿Por qué callé hasta ahora? ¿Por qué no lloré contigo? ¿Por qué no detuve todo aquello que te lastimó? ¿Por qué sufriste? ¿Por qué, por qué?

Éramos el ruido y la furia avanzando. Éramos imposibles, infinitas, el surrealismo mismo.

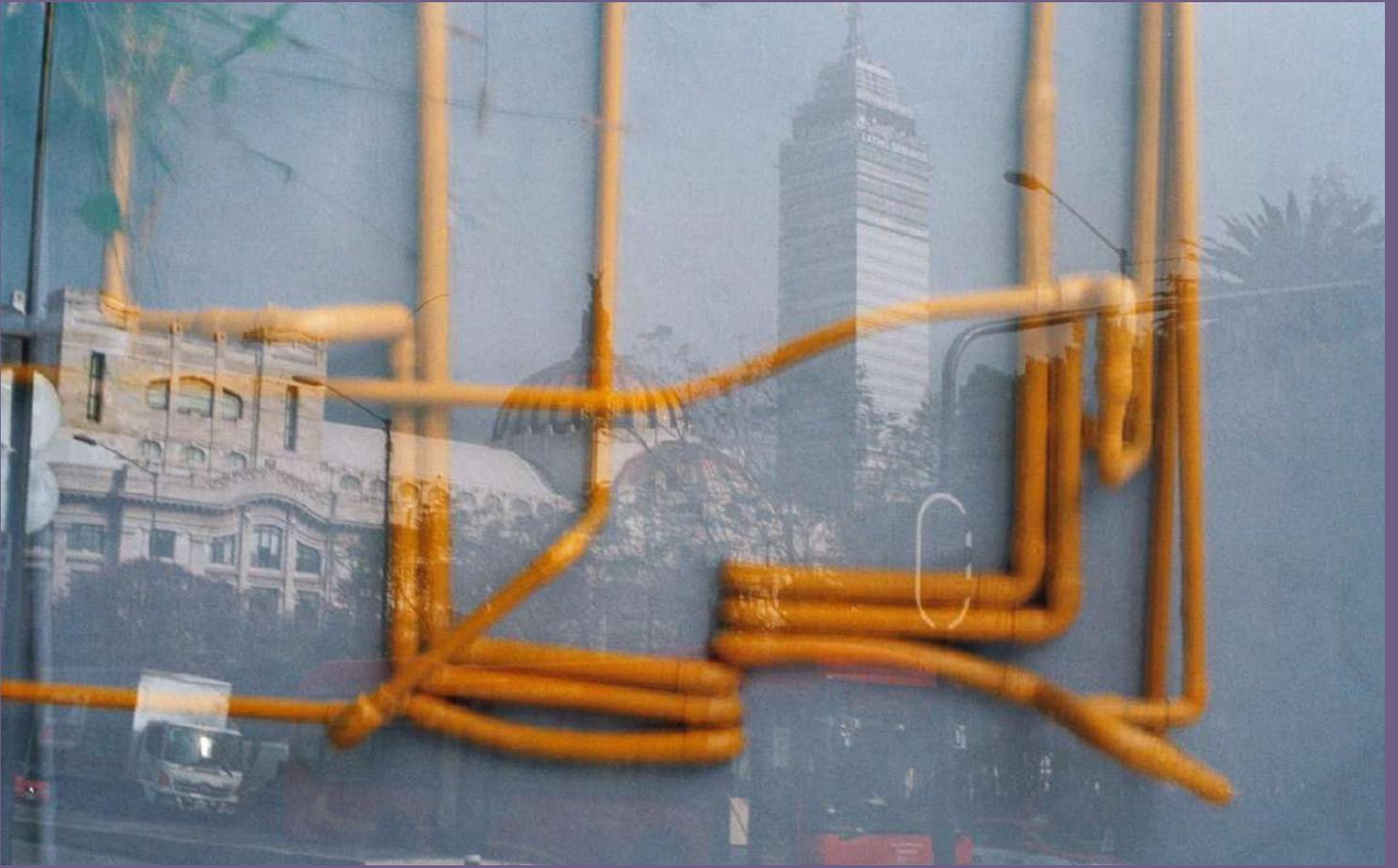
Éramos, éramos. Somos.

Era una muerte anunciada. Murió nuestro miedo, murió nuestra paciencia, murió nuestra indolencia. Murieron las clases, murieron nuestras diferencias, murieron las ausencias. Murieron muchas.

Finalmente, después de años murió. Lo matamos. Lo matamos como ellos a nosotras. Ocho de marzo.

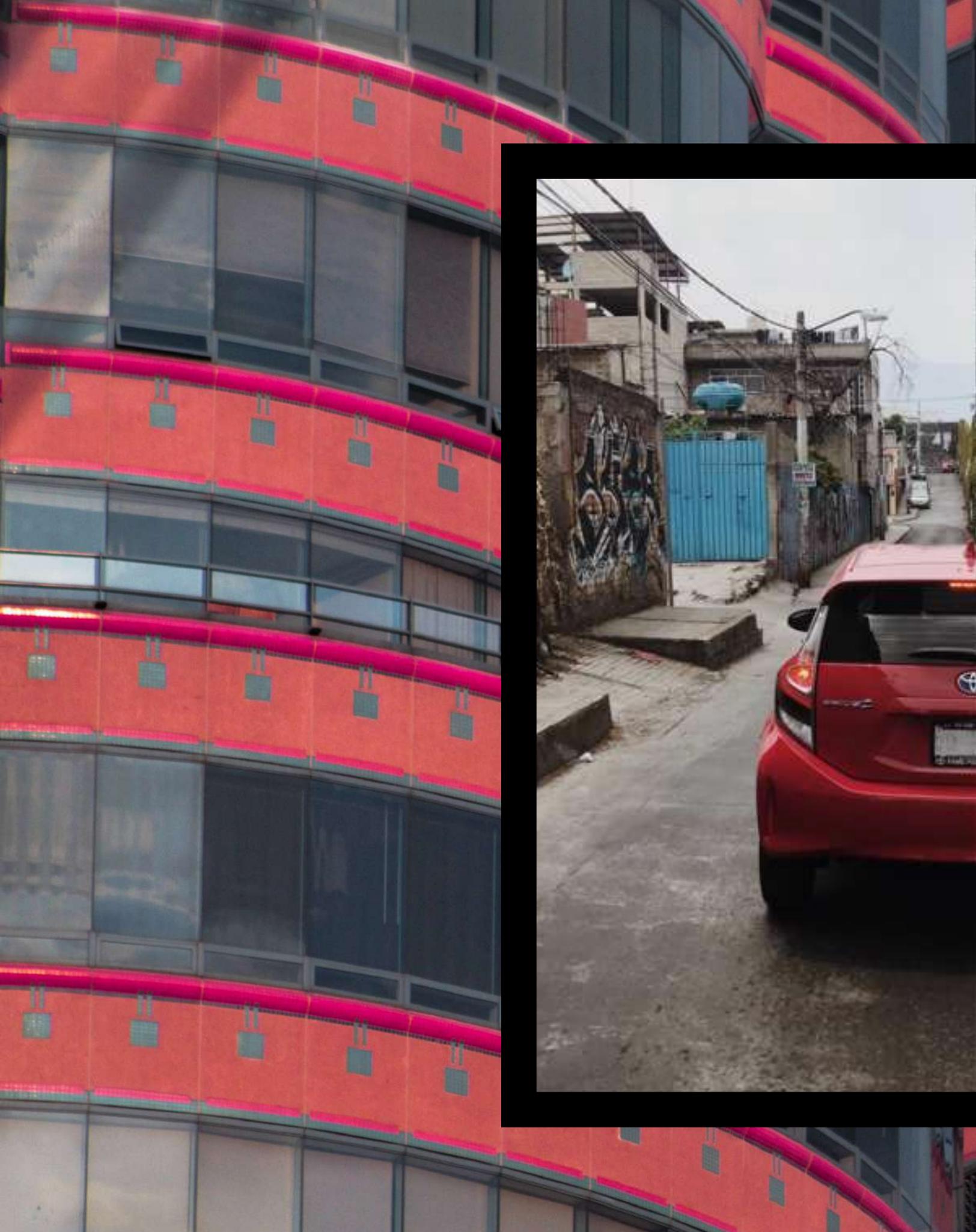
1. Título basado en la obra de Gabriel García Márquez

2. del poema *Nocturno donde nada se oye* de Xavier Villaurrutia











ANÉCDOTAS

No me gustaba salir de noche. La verdad es que cuando lo hacía, era por el aspecto social junto con varias insistencias o amenazas de mis amigos, con el objetivo de salir por fin de mi cueva. Pero fue una curiosa noche en que esa realidad se convirtió en algo repugnante para mi yo actual.

Fue un día que decidí salir un poco de mi introvertida burbuja a explorar recomendaciones de amigos. No había problema en conseguir permiso de mis padres ya que, como salía poco, se emocionaron de que por fin lo hiciera.

- ¿Con quién vas?

Me pregunta mi madre ansiosa.

-Con mi amigo, Sergio (una vil mentira, ya que Sergio es mi segundo nombre y tenía que sacar un nombre de la manga).

-Muy bien, me avisas cómo vas para que pase por ti.

Asiento y salgo de mi casa. Camino varias manzanas hacia la parada de camiones, que me llevarían directo a la Roma, donde escuche que había varios lugares por descubrir.

En el camino, el camión iba vacío, tal vez por ser el contrasentido del

tráfico habitual, por lo que aprovecho uno de esos asientos en los que raramente me toca sentarme y me derrito en la silla por la caminata. De camino, puse una de mis listas de música de rock en español ochentero, ya que la Roma me dio esa vibra. Estaba por Av. Constituyentes cuándo empezó a atardecer y la luz cálida me acariciaba el rostro. Empecé a pensar que era una mala idea venir, ya que estaba oscureciendo y yo siempre he creído que las personas son más vulnerables de noche, desde cualquier aspecto que lo veas. Pero era muy tarde, así que volví a concentrarme en las letras de Cerati.

Después de 20 min de viaje, llego a donde creo puede ser un buen lugar para explorar. Me bajo a media Av. Insurgentes en una gran y luminosa gasolinera. La gente camina rápidamente cómo si algo los persiguiera, yo creo que es el tiempo siempre detrás de ellos. Me llama la atención un mural sobre el caso de Ayotzinapa. Las caras en este mural me miraban fijamente, por lo que decidí acercarme. Caminé hacia esa dirección y algo más me distrajo de mi camino, un delicioso olor a tacos de suadero. Era justo al lado del mural, y yo estaba muy

ROMANAS

por Alejandro Castañeda

decidido a comerme unos, pero sabía que si lo hacía perdería la oportunidad de explorar más restaurantes, por lo que le desee buenas noches al joven maestro taquero y seguí.

Doblé en la esquina y observé una luz roja intensa, que automáticamente me atrajo a ver qué había en ese lugar. Era un lugar que mis amigos ya me habían recomendado antes, un bar cubano específicamente para los bailarines. Miré por la ventana y conté a tal vez 15 personas dentro, de las cuales sólo la mitad bailaba. Yo no sabía bailar y no era mi ambiente, por lo que sabía que no era el lugar que estaba buscando.

Seguí caminando y observé ahora una luz neón de color naranja y como polilla fui directo hacia esa luz intensa. Llegué a la puerta de este local y sorpresa: un mercado.

Me pregunte a mí mismo, ¿por qué desde un mercado se escucharía música intensa, tan así que opacaría a un bar de rumba? Fue entonces cuando supe que había encontrado el lugar de mi encomienda. Al entrar, lo primero que noté fueron toda clase de olores, desde dulce, hasta tacos y

cerveza, y me empezó a dar hambre. En el primer piso, había muchos puestos de comida de todo tipo, por lo que me compré unos tacos de chapulín junto con una cerveza importada famosa por su alto contenido de alcohol.

Después de mi comida que sin duda repetiría, sabía que era hora de regresar, pero seguía teniendo hambre, y no un hambre de esa que te da cuando no has comido, hambre de explorar todavía más este lugar. Por lo que, al caminar por ese primer piso, noté en un rincón un elevador junto a las escaleras. Decidí subir por este misterioso elevador con puertas de rejilla a ver a dónde llevaba. Fue una subida bastante lenta, aunque sólo había un piso a dónde ir, lo que se me hizo raro. Al abrirse las puertas, la música subió de volumen espontáneamente, y las risas y conversaciones casuales se escuchaban por todo el segundo piso. Era una terraza bastante agradable con música en vivo, y una gran barra, por lo que decidí ir por un carajillo como postre. Me quedé aproximadamente una hora en la barra, disfrutando tanto de la música como

de mi carajillo. Ahora sí tenía que irme, pero seguía teniendo esa hambre que nunca había experimentado antes.

Entonces, decidí bajar por las escaleras convencido de que había algo entre el primer y segundo piso, y ahí estaba. Una puerta dónde se escucha música y risas, y con el hambre que tenía, decidí tocar, total no perdía nada si nadie abría. Después de esperar varios segundos, me resigné, y justo cuando me estaba por ir, me aben la puerta. Un hombre fornido con una gran barba me pregunta:

- ¿Quién te invito?

Apanicado, lo único que sale de mi boca es un:

-Sergio, lo conozco desde hace varias semanas.

Me mira de arriba hacia abajo, y con un gesto me hace que pase.

Nunca sabre quien es Sergio, pero si lo estas leyendo, gracias por ese favor que me hiciste sin saberlo, porque al entrar, era una sala enorme dónde se estaba organizando una tocada y había cerveza y tacos en las mesas. Yo muy emocionado por mi éxito, pase a saludar a todos, aunque no los conociera. Eran aproximadamente 30 personas en este cuarto al que llamaremos el piso 1.5. Ubiqué algunas caras conocidas por ser famosos en

Instagram o en Youtube, pero no les pedí nada para no parecer fuera de lugar.

Platiqué un rato con una bola que estaba por la barra, todos ya trabajando hablando de afters en sus departamentos y mientras tanto yo, diciendo que trabajaba en mi lugar de ensueños (claro, siendo la segunda mentira del día) para no decir que era un chavo que todavía no acababa la carrera.

Después de esta fiesta llena de intercambios de ideas, decidí salir al puesto de tacos de suadero de afuera a esperar a mi madre, quien venía en camino.

Al llegar, me preguntó:

- ¿Dónde está Sergio? ¿Ya se fue a su casa?

Con orgullo de todo lo que había logrado esa noche y varias cervezas en mi sistema le dije:

-Tranquila mamá, Sergio salió por gusto por primera vez en mucho tiempo y se la pasó increíble. Te aseguro que lo seguirá haciendo. Vámonos a casa.

Y por Av. Constituyentes la luz blanca de la luna me acariciaba la cara, mientras escuchaba las letras de Mecano agradecido por todo lo que había hecho ese día.









Lago

por Amellali Reyes Báez



Se detiene el tiempo sobre el asfalto

marchito.

He aquí al lago devorado por las serpientes.

La tierra en multitudes,

la asfixiante cercanía

de uno y otro

esquiva la vecindad de la piel.

La cordura ya no cabe

en las pérdidas insospechadas,

y el ultraje íntimo.

El plástico inerte

carroña de los despojos.

es horizonte

del turbio ordenamiento

de la ciudad a prisa.

Si algo persiste en los siglos

es la sed que devora

y devuelve

el carácter terrible

del corrupto acartonado

la hostilidad arraigada

ciudad sitiada.

El terreno antes acuoso

destila un rumor salitre,

se define en la salinidad

de los atracos.

No sólo es el impacto de la bala,

es la invasión pesticida en nuestras mentes

lo que allana las almas,

más que cualquier sustancia.

Ante la embestida,

se evade para quedar ileso.

En el intento

la coraza se pierde,

la carencia se ensancha

y otra mujer es encontrada

entre las ruinas

de lo que alguna vez soñó.



Aislado,

pero bien acompañado

por Francisco Ibañez

La idea de la cuarentena nació en el siglo XIV durante la peste negra. Podría decirse que nosotros vivimos en una cuarentena parecida. Ahorita, la gran mayoría del mundo moderno vive en esta situación. La cuarentena será la misma, pero la soledad no

porque gracias a las maravillas de la tecnología, estamos juntos en este aislamiento.

En estos momentos, yo vivo aislado del mundo exterior. Afortunadamente, puedo darme el lujo de no salir de mi casa, de mantenerme en esta bur-

buja de seguridad que tengo. Suena solitaria, pero aparte de mi familia, estoy a una llamada del mundo exterior. Hablo con mis amigos que residen en varias partes del mundo. “¿Qué onda Rich, cómo andas? Yo ya estoy harto de la cuarentena,” le digo a un amigo que vive en Copenhague. “Güey, son las 4 de la mañana,” me dice antes de colgar el teléfono. A veces se me olvida la diferencia de horarios, pero sé que siempre tengo a mis amigos cerca. Hacemos reuniones semanales en las que platicamos como si todo fuera normal. A veces nos damos cuenta de que estamos aislados, ya sea porque a uno se le va la conexión o porque todos se ponen a hablar al mismo tiempo y no se entiende nada. Sin embargo, tenemos la fortuna de podernos comunicar de esta manera, tan avanzada que nuestros abuelos nunca lo hubieran soñado. Aun así, la tenemos al alcance de las manos.

No tengo demasiada convivencia con mi familia. Se sabe que demasiada podría ser catastrófica. No obstante, he disfrutado tenerlos cerca. Comemos y desayunamos en familia, cosa que nunca hacíamos antes y que se ha vuelto cada vez más agradable. Después de pubertades tumultuosas, creo que todos nos estamos

dando cuenta que tal vez nuestros papás si tienen cosas interesantes que platicarnos. ¡Vaya sorpresa!

En cuanto a mis espacios de tránsito, no varían mucho. Vivo en mi cuarto: tránsito del sillón a la cama, de la cama al escritorio y del escritorio al baño. Sin embargo, este movimiento se ha vuelto refrescante. Siento vibras distintas en cada lugar y trato de que estas se adecuen a mi actividad.

Esta cuarentena ha sido difícil, pero en realidad no. Tengo la fortuna de tener una casa muy bonita, una familia agradable, una novia simpática y unos amigos muy presentes. No tengo que ir a trabajar y arriesgarme porque mi familia depende de ello; no tengo que preocuparme por tener que despedir empleados y mucho menos tengo que preocuparme de que mi negocio pequeño vaya a quebrar. Mis preocupaciones en este momento son mi familia, la universidad y mi novia. Preocupaciones muy privilegiadas y todavía más fáciles de cuidar. La cuarentena me ha tratado bien y por eso estoy agradecido. A veces nuestra situación puede verse gris, incluso negra. Pero, cuando la ponemos en perspectiva, nos damos cuenta de lo bien que la tenemos. ¡Tú solo imagínate una cuarentena en la Edad Media!







Las feministas y la ciudad como reflejo de la sociedad

por Revista Estudios

En conmemoración al día de la mujer, al mes de concientización, y a la situación actual en cuanto a violencia de género, revisamos qué significan para una ciudad las alteraciones a los espacios públicos a manos de grupos feministas. Actitudes reprobadas por

muchos, alabadas por otros. Sin importar la postura que se tome al respecto, son un claro ejemplo del descontento que termina reflejándose en la estética meramente visual de la ciudad. Omitiremos la desigualdad latente en la ciudad para centrarnos únicamente en el aspecto de género. Analizándolo en relación a esto, la revista Estudios 126 tiene como tema central la ética y estética de las ciudades, la significación política detrás y el impacto social.

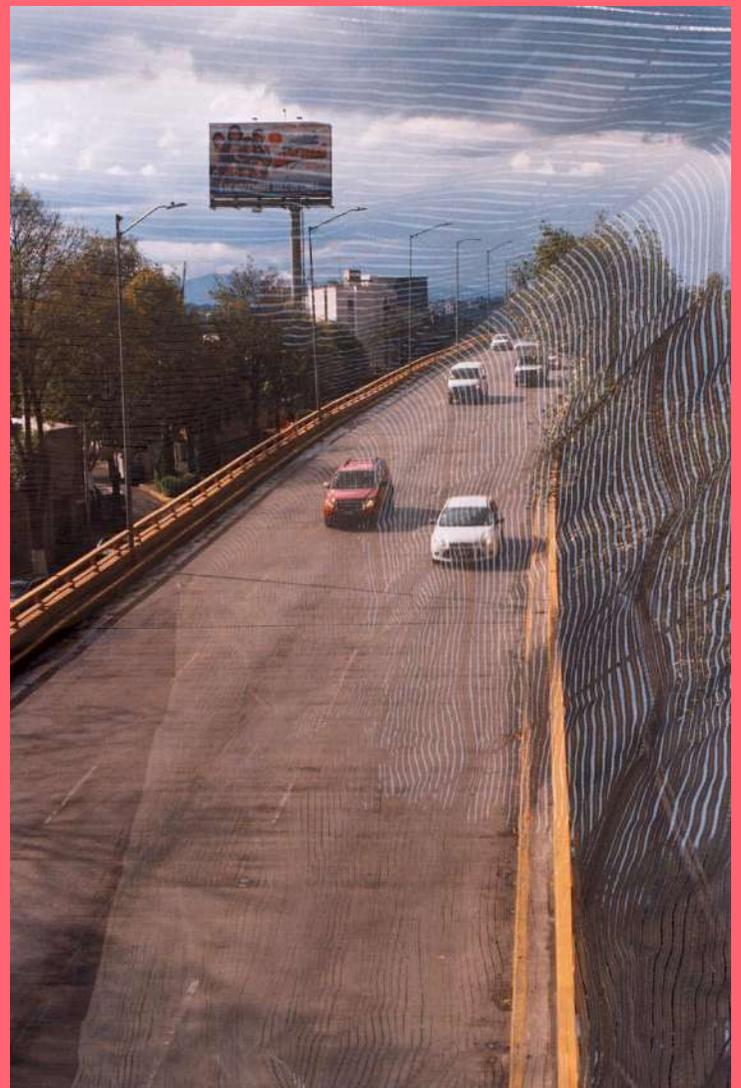
En primer lugar, es necesario definir lo que hace bella a una ciudad. Según el Dr. Juan Carlos Mansur en Derecho a la belleza en las ciudades, una ciudad bella no la hace su mero sentido de la estética visual. Los monumentos y el mantenimiento de edificios coloniales no son suficientes para definir a una ciudad como bella, pues “una ciudad es para vivirse, no para verse”. En cambio, una ciudad bella es aquella que está planeada para que todos y cada uno de sus habitantes disfruten de los espacios públicos de forma que sea posible generar un sentido de pertenencia y comunidad. Es el Estado el encargado de garantizar las condiciones necesarias, mediante políticas y regulaciones, para que todos sus ciudadanos puedan ser libremente partícipes de la vida pública, esto incluye condiciones tanto económicas como de seguridad, para vivir su vida

con dignidad. Entonces, “la fealdad es resultado de un desencuentro social, de una falta de políticas públicas adecuadas y de un desorden social e injusticia que mengua la calidad de vida de sus habitantes”.

Asimismo, se habla de una especie de “maquillaje” para hacer bella la ciudad. Esto se refiere a agregar cosas que embellecen la ciudad sin realmente arreglar los problemas que la agravan, pues funcionan como una forma de disfrazar la verdadera realidad de la sociedad. Según Christoph Göbel en *La ciudad como objeto y sujeto de aprendizaje social, estético y emocional*, la ciudad es un mecanismo de aprendizaje cultural para quienes lo habitan, son espacios en los que “las instalaciones e intervenciones urbanas experimentales fomentan la reflexión sobre un lugar y estimulan las reacciones al espacio público de la ciudad”, pues de cada nuevo proyecto que surge se puede aprender una nueva forma de considerar la vida social y cultural en la que realmente viven sus habitantes, como un espacio para mejorar la vida comunitaria y aprender de su propia historia y cultura. Pues, en palabras del Dr. Mansur, las ciudades deben despertar los sentimientos y la empatía de quienes la habitan.

Finalmente, consideramos la ciudad como un espacio de reflexión de la habitabilidad pues quienes la viven

son quienes proyectan el verdadero carácter de ésta y de cómo viven sus ciudadanos, en este caso, las mujeres mexicanas. Así como un espacio bello, definido como antes mencionado, es reflejo de una correcta labor del Estado para garantizar la participación de todos los ciudadanos, un espacio “feo” es muestra de la falta de políticas adecuadas para que todos participen en ésta, pues los espacios bellos solo son bellos cuando los ciudadanos viven y desarrollan comunidad dentro de éstos, sin importar cuánto los maquillen.







CDMX CDMX

CDMX CDMX CDMX CDMX

CDMX CDMX CDMX CDMX



CDMX CDMX